Tom. III. Num. 61. —81— 9 de Junio de 1844.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Expediente poético-prosáico

Encontrado por una rara y feliz casualidad no se sabe dónde, cómo, ni cuándo; y seguido en tiempos al parecer muy remotos entre una musa lavandera del Turia, y un vate con *zaragüelles* de la ribera del Júcar, en el juzgado ordinario de un alcalde de monterilla de cierto pueblo de la provincia de Valencia.

Pedimento primero.

Maria Juana Rodrigo
del vecindario de Aldaya (1)
como mejor lugar haya
ante usted parezco y digo:
Que en aqueste tribunal
tengo yo, tarde ó temprano,
que entablar contra un fulano
cierta demanda legal;
pero como á mis deseos
se ha de oponer sin reserva
toda esa hambrienta caterva
de Escribas y Fariséos,
quienes ni por el Dios trino
moverán mano, ni pata,
si no les muestra el camino
la *pecunia numerata*;
me precisa en cierto modo,
ya que no hay plata, ni aun cobre,
solicitar ante todo
la declaracion de pobre.
Y bajo de este supuesto,
creyendo de buena fé
no hacen falta á su mercé
mas comentarios al testo—
Suplícole muy modesta
se sirva admitir sumario
sobre los dias de fiesta,
que tiene mi calendario;
y en vista de los pertrechos
que arroje esta artillería,
declarar la estampa mia
de tuertos libre y derechos:
nombrándoseme igualmente
de los que usted tenga á mano
procurador y escribano,
que mi accion hagan presente,
á cuyo par de langostas
se les dé luego noticia,
y todo será justicia,
que pido, y juro con costas.
Otro—sí: Papel sellado no tengo,
ni se encuentra en el estanco;

(1) Pueblo de corto vecindario en las inmediaciones del Turia, á una legua de Valencia.

por via pues de.... abolengo
va este escrito en papel blanco.

A ruegos de la mujer,
que presenta esta querella,
por no saberlo hacer ella,
lo firma....

Simon Ferrer

AUTO. En este mismo momento,
tras de un exámen prolijo
de la parte y pedimento,
el señor alcalde dijo:—
Aunque atendida su facha,
sin otro interrogatorio,
podíase á esta muchacha
declarar pobre á notorio,
á fin de que su enemigo
no articule otros extremos,
que presente algun testigo,
y despues....allá veremos.
Y respeto al otro—sí:
venga de cualquier manera.
Lo mandó el de la montera,
rubricándolo .....

Ante mi.

Marcos Gafaút

NOTORIEDAD. Estando la demandante
cogiendo espigas cual Rut
la notifiqué al instante:
doy fé de ello—

Gafaút

(Se continuará.)

JOSÉ BERNAT BALDOVÍ.

EL AMIGO PEGOTE.

Así que por contrario de mas brío
tengo, querido Polo, al que me casa
que al que me saca al campo en desafio.
QUEVEDO.

Un amigo pegote es un verdadero enemigo; es el que arroja la piedra y levanta la mano con otra, y está continuamente hiriendo y preservado siempre del ataque por el velo con que encubre sus tiros. Los halagos de un amigo pegote son confites dados con trabuco que estarán todo lo dulces que se quiera, pero matan á corta distancia. No hay medio de deshacerse un hombre de enemigos así; porque no entienden las indirectas, y se hacen los desentendidos á los desdenes con tal serenidad de ánimo, que les autoriza para ejercer sus crímenes confiados en la impunidad. Al contrario sucede con el enemigo que no se disfraza, porque se le ve venir y se pone uno en guardia hasta llegar una vez á las manos; lo cual da á unos y otros carta de seguridad para en adelante.

Tengo yo un amigo de la especie de los enemigos disfrazados, cuya carga no me es ya posible soportar sin que me ocurra medio de libertarme de ella; porque todos los he tentado infructuosamente. Ni las indirectas del padre Cobos, ni los insultos mas marcados bastan á librarme de su sombra que me persigue sin cesar, interpretando todas mis pullas y claridades como chanzonetas hijas del buen humor. Si alguna vez le avergüenzo delante de gente, todos nos ponemos colorados menos él, y cuando esperan los demas que tome el sombrero y se vaya, salta muy sério: ¡qué aprensiones tiene este demonio! ¿Ven ustedes eso que está diciendo? Pues es hombre que no se halla sin mí. —Y esta es una verdad como un templo, porque le encuentro en todas partes. Esto me da tanta ira que hasta de replicarle se me quita la voluntad, y entonces él engreido con mi silencio dice: ¿ven ustedes? el que calla otorga. ¡Anda, camastron! si no fuera por mí, cómo te verias tú?—¿Y qué quieren ustedes que se haga con un hombre así? No hay mas que dos caminos: ó dejarle ó matarle. Si le dejo me está dando cordel para ahorcarme el dia menos pensado, y si le mato me ahorcan de fijo. Aquí viene de molde el cantar

Si me miras me matas
y si no tambien;
de todos modos muero
con que... miramé.

Cuando vine yo á Madrid que no tenia ciertamente á donde volver los ojos para ganar una peseta, me veia lo que se llama entre la espada y la

pared. Andaba huyendo de todo el mundo por no verme en la afrenta de recibir obsequios sin poder corresponder á ellos. Dormia de dia y me levantaba al anochecer como los murciélagos, con mas vista que un lince, mas oido que los gatos, y mas coraje que los gorriones. Salia á dar un vistazo por esas calles para consuelo de tripas sin atreverme á concurrir á tertulia alguna. Los cafés eran sitios vedados para mí por dos razones; la primera por no verme en el compromiso de tener que convidar á alguna persona, y la segunda por si los mozos me equivocaban con otro que se hubiera ido sin pagar, y me daban una manta de las que no se hacen en Palencia. Aun en la calle peligraba mi seguridad personal, y eso que todavía no soñaba en escribir el *Baile de Piñata*, y andaba con tanta cautela como reo de lesa magestad en un gobierno absoluto. Hasta los dedos se me hacian huéspedes; cuando de lejos veia uno que me parecia haberle visto en otra ocasion, me pasaba á la otra acera diciendo para mí: vaya con Dios, le desprecio. Al pasar por las tiendas, como siempre estan iluminadas, bajaba la cabeza y levantaba el embozo de la capa hasta las cejas, mostrando que era frio lo que en realidad era miedo. Así pasé algunos meses como quien dice comiendo el negro pan de la emigracion, ó si les parece á ustedes, prisionero en mi propia casa, incomunicado para la sociedad, sin mas distraccion que los grillos que el hijo de mi patrona cogia en el campo, porque era en el mes de mayo, de suerte que ni el requisito de los grillos faltaba para ser un verdadero preso. Dos meses hacia una vez que no podia pagar á la patrona ni tenia esperanzas de adquirir dinero por ningun lado. Gracias que la infeliz era prudente y conociendo mi posicion, la respetaba en medio de sus apuros; pero llegó un dia en que ya no pudo mas, y me suplicó la proporcionára algo aunque no fuera todo. Yo porque no dijera, tomé la capa y salí á ver si encontraba alguna cosa; pero ¿qué habia de encontrar si nada se me habia perdido? Por otra parte ¿á quien pedia yo prestado si todos mis amigos estaban tan tronados como yo? Salí sin embargo á hacer qué hacemos, sin saber si tirar por la calle de la Paciencia ó por la Costanilla de los Desamparados; todos los caminos me eran iguales. Por fin me interné en el barrio de Buena-dicha, siendo yo el rigor de lo contrario, y no tuve tiempo para meditar en la crisis del momento, cuando vi un hombre que venia hácia mi con los brazos abiertos. ¡Gracias á Dios! dije yo, que sin duda encontré la buena dicha; pero cual fué mi tristeza cuando me encontré con un amigo de la niñez que me dijo ¡cuánto me alegro de ver á usted! porque acabo de llegar y no tengo casa conocida, y por un olvido involuntario me he venido sin dinero. Yo no sabia cómo evadirme del compromiso; porque de buenas á primeras decirle duerma usted en la calle, era una atrocidad, y calculando que ofreciéndole mis servicios con frialdad no aceptaria nada, le hice los cumplimientos de costumbre: amigo, yo de poco puedo servir, no obstante en la calle de tal, número tantos tiene usted su casa.

—Con mucho gusto iré á hacerle compañía todo el tiempo que esté en Madrid; tengo amigos que me recibirian con los brazos abiertos, pero antes quiero cumplir con usted que con nadie.

—Conmigo tiene usted cumplido; ademas yo no le podré ofrecer grandes cosas.

—No importa; sino hay mas que sopas, sopas comeremos.

Un sudor se me iba y otro se me venia: estaba resuelto á trocar las señas si volvia á preguntarme; pero el maldito no necesitó de esto que me dió la mano, y por cierto que me apretó la mia en tales términos que me la dejó entumida. Iba yo á decir abur y tuve que decir ¡ay! Me plantó en seguida un abrazo de aquellos que le dejan á uno sin respiracion por cinco minutos, y se despidió diciendo: conque calle de tal, número tantos?.... hasta luego.

Cuando volví á casa ya estaba mi patrona mas consolada; pues habia hallado quien la prestara doscientos reales. No me determinaba yo á manifestarla el resultado de mi espedicion ni mucho menos el desdichado hallazgo del barrio de Buena-dicha; pero el amigo me ahorró este trabajo dando un fuerte campanillazo y tomando despues posesion de la casa diciendo: amigo, dispense usted si me he detenido un poco mas; le habré hecho esperar demasiado. Tuve que perder la vergüenza y decir á la patrona el compromiso con aquel hombre, y ella la pobre era de tan buena pasta que dijo ¿cómo ha de ser? comerá lo que haya. Sacó un colchon y le tendió en el suelo para mí, dejando al otro por amo de la alcoba.

Pero el buen amigo era tan delicado que nada le venia bien: al dia siguiente se quejó de que la cama estaba dura, y la patrona que era una pobre vieja se resolvió á ponerle mi colchon diciéndome: no tengo mas que el otro donde yo duermo ¿cómo ha de ser? tendrá usted que dormir conmigo. Y yo respondí ¿cómo ha de ser? tendré que dormir con usted.

En la comida todo se le volvia hacer gestos y esparabanes; ya porque la comida estaba sosa, ya porque estaba salada y prorrumpiendo en desvergüenzas á lo mejor concluia: yo no sé por qué sufre usted este trato. Estas mujeres son unas puercas que no saben su mano derecha para nada.... Yo estaba en brasas. Aseguro por quien soy que me iba cargando el huesped y tentaciones me daban

de romper para siempre; pero esto era bochornoso para mí y le dejé que hiciera lo que le diera la gana, consolándome con la idea de que pronto arreglaria sus negocios y me dejaria en paz.

Un dia se levantó de buen talante despues de leer en la cama el correo (cuyo porte pagaba la patrona). Te voy á dar una buena noticia, me dijo: has de saber que mañana tendrás en tu casa á mi mujer, con el niño menor, la niñera y dos hermanos mios. Me apresuro á darte la nueva porque conozco tu genio y sé que te alegrarás.—Como si me rallarán las tripas, dije yo para mí, y él prosiguió haciéndome la descripcion de lo guapota que estaba toda su familia. Ya se ve, decia, si comen por los codos....

Lo que pasó de allí en adelante daria materia para muchos tomos. Considere el lector mis apuros y los de la patrona, buscando camas y que comer para toda aquella gente. Considere que así estuvimos cerca de seis meses, y dígame si me desempeñaré yo mientras viva de las deudas contraidas entonces, y si merezco condenarme aunque muera en pecado mortal.

Salia yo una mañana de casa á tiempo que llegaba un hombre preguntando por mi amigo. Entró aquel hombre, y yo, anhelando saber algo que me librara de aquella plaga que habia invadido mi casa con tanta desfachatez me paré á la puerta y escuché este diálogo:

—Vengo á que me pague usted lo que me debe.

—Hombre me encuentro sin un cuarto.

—Es que si no vendrá un alguacil y se llevará lo primero que encuentre.

—¿Por qué lo ha de llevar, si yo ofrezco pagar cuando pueda? No faltaba mas que me dejase usted sin sillas y sin mesas y sin todo lo que hay en casa que es mio y á nadie le debe nada.

—Pues señor, desde aquí voy á casa del juez.

—Hombre aguarde usted unos dias. En cuanto venga mi criado, que es ese que salia cuando entraba usted, escribiré á mi mayordomo y....

No le dejé acabar la frase, entré como un desesperado diciendo; ¿quién es su criado de usted? Ya pueden ustedes todos tomar la puerta ó les echo por el balcon. Y efectivamente desocuparon la casa pidiéndome mil perdones. El amigo al salir de casa me dijo: espero que este lance no entibiará nuestra amistad, y me dió un apreton de mano tan atroz que todavía me resiento cuando tomo la pluma para escribir estos artículos.

A pesar del modo violento con que arrojé al amigo de mi casa, por aquello de que cuando uno no quiere no riñen dos, no puedo una hora verme libre de su sombra. A las horas de comer le tengo á la mesa; cuando voy al café me le encuentro allí dispuesto á tomar un sorbete despues de quebrantarme la mano, y si huyo del café de costumbre y me meto en otro, parece que el maldito me busca por el olfato como perro perdiguero; no bien me he sentado cuando siento darme la palmadita en las espaldas diciendo: vengan esos cinco.... Escribo este artículo con el objeto de leérsele siempre que me visite; pero ni por esas, estoy convencido que no se dará por aludido y será capaz al verse retratado de esclamar dando una carcajada ¿Será posible que haya hombres de tan poca vergüenza?

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

LANCE NOCTURNO.

Era una noche de enero,
noche terrible y fatal,
de esas noches en que giran
las veletas sin cesar
agitadas fuertemente
por el recio vendaval.
De esas noches en que el hielo
con su cruda intensidad
hace el termómetro á nueve
bajo cero señalar.
En que si hay luna que salga
hay nubarrones de mas
que absorvan sus resplandores
y oculten su blanca faz.
De esas noches enemigas
de toda publicidad,
en que si algun reverbero
conserva el jugo vital,
está como avergonzado
de su prodigalidad.
Noche, en fin, en que la nieve
hace el papel principal
estendida cual sudario
de toda la humanidad;
el *romántico* sereno
arropado en su sayal
marcha al dintel de una puerta,
maldiciendo, á contemplar
el magnífico espectáculo
que se ofrece ante su faz,
y á gritar falto de aliento
las doce y nevando está.
Y los que entre mantas dobles
comienzan á dormitar,
mas se rebozan entre ellas
y se oprimen mas y mas,
ya duerman acompañados
ó en ingrata soledad;
sin pensar en el cuitado

que en insomnio pertinaz
aguardaba del sereno
el monotono cantar.
¡Ay del triste enamorado
que esclavo de una beldad
oye afanoso al sereno
decir que las doce dan!
No hay gatos en los tejados
que salgan á maullar,
y aunque es de perros la noche
ni aun los hay por la ciudad.
Pero hay un amante mártir
que embozado en su gaban
acude fiel á una calle
aunque á deshora á rondar;
y cualquiera al contemplarle
tan resuelto y tan audaz,
con aquel rostro belludo
y aquel siniestro mirar,
destacando entre la nieve
su perfil original,
alma en pena le creyera
que bajaba aqui á purgar
entre yelos los pecados
de su ardiente mocedad.
Llegó al pié de una ventana,
y despues de estornudar,
tapándose y tiritando
cantó estas coplas no mas.

—

Son tus ojos dos soles
con tantas luces,
que si insisto en mirarlos
caigo de bruces;
y es tal su fuego
que temo si me miras
quedarme ciego.

—

Aquí el trovador llegaba,
y aun prosiguiera tenaz
á no sentir cierto ruido
en las ventanas sonar.
Calló, y alzando los ojos
en busca de su beldad,
vió con ansia un bulto blanco
al viento bambolear,
y esclamó lleno de gozo
¡bien vengas, felicidad!
Entonces sobre su rostro,
con ruido de Barrabás
sintió un turbion estrellarse,
y atónito oyó gritar
una voz allá en lo alto
al mismo tiempo... *¡agua va!*

—

Y viéndose el cuitado
bautizado en tal guisa y de tal arte,
de su pasion volcánica curado
se marchó con la música á otra parte.

GERÓNIMO MORAN.

DISTRACCIONES DE D. ANACLETO.

DON Anacleto está empleado en la aduana. Tiene la costumbre de desayunarse con una taza de té con leche, que al ir á la oficina, toma en el café nuevo. Suele con frecuencia meterse en cierta botica que hay inmediata al café, y dando un par de palmadas en el mostrador, grita muy sério: «mozo, una taza de té.» Sale el boticario, y reconociendo D. Anacleto su equivocacion, le pide mil perdones, olvida su desayuno y se dirige precipitadamente á la oficina. Allí encuentra á su jefe, y ciego de cólera, le toma por el criado y le reconviene agriamente porque todavia no ha arreglado el brasero. Lo mas particular es que esto acontece en el mes de julio. En cambio entra en el despacho un mozo de cordel, y haciéndole D. Anacleto mil cortesías, le presenta varios documentos para firmar.

Rara vez deja D. Anacleto de llevar su pluma á mojarla en la salbadera cuando escribe, y al concluir algun estado, carta ó factura que le ha costado algunas horas de improbo trabajo, coge muy satisfecho de su obra el tintero, y derrama sobre ella la tinta creyendo ponerle arena. Hay pues que empezar la tarea de nuevo, y como D. Anacleto es corto de vista, nada puede escribir sin antiparras. Las busca por todos lados, y las benditas de Dios no parecen. Se arrodilla y revuelca por debajo de la mesa mojándose las manos en ciertas cosas que relucen como los cristales de sus anteojos; pero estos no parecen, y el bueno de D. Anacleto se desazona hasta el punto de saltársele las lágrimas de rabia. Entonces para enjugarlas lleva una de sus manos á los ojos y tropieza con las benditas antiparras que creia perdidas y ha tenido impertérritas en sus narices.

El es de quien se cuenta que encontrándose un dia con uno de sus mas íntimos amigos, le dijo: «señorita, con que su mamá de usted sigue difunta?» Y una vez que otro de sus amigos le notició la muerte de un pariente, contestó muy tranquilo: «Bah! yo espero que su enfermedad no será cosa de cuidado.»

Cuando anda por la calle, empieza su conversacion con un amigo, y á lo mejor se junta con otra persona siguiendo la misma conversacion; si esta

persona le hace reparar en su distraccion, suelta D. Anacleto grandes carcajadas, retrocede algunos pasos y coge del brazo á un caballero que juzga es su primer compañero. Empieza á censurar la conducta de cierto D. Bonifacio su vecino, y á decir pestes del modo que se deja gobernar por su mujer, hasta que la cólera del agraviado que suele insinuarse con algun bofeton ó puñetazo asaz elocuente, hace ver á nuestro distraido que estaba hablando con el mismo D. Bonifacio.

Mi señor D. Anacleto es aficionadísimo á los huevos pasados por agua: no cena otra cosa. Sabe que, por regla general esperimentada por los mas hábiles cocineros, bastan cuatro minutos de submersion para que el huevo cocido tenga su verdadero punto. Pone mi héroe su cafetero en la lumbre, y cuando hierve el agua coge con una mano su reloj y con la otra un huevo: pero vagando su imaginacion por regiones aéreas, sumerge su reloj en el agua, y contempla maquinalmente el huevo para sacar el reloj bien cocido á los cuatro minutos.

Cuando D. Anacleto encuentra en la calle alguna pasiega que lleve en brazos algun niño de sus amigos, se acerca con amabilidad á la pasiega, la hace tiernas caricias, la da un beso, y luego dice al chiquillo: «dará usted un recado á los señores.»

Jamás ha llevado D. Anacleto bien botonado el chaleco: regularmente coloca el primer boton en el tercer ojal.

Un dia que debió entrar no se por qué negocio en uno de los aposentos de palacio, le hicieron dejar el baston á la puerta. A su salida estaba su baston junto al del mismo portero. Tomó el uno por el otro y se fué muy serio á pasear por el prado hecho un tambor mayor.

Aunque algunas distracciones suelen darle malos ratos á mi distraido, no es esto lo mas comun, pues generalmente suele distraerse D. Anacleto en provecho suyo. Si toma algo con sus amigos en el café, nunca es él el pagano. Si su casero no está muy á la mira del vencimiento del alquiler, á buen seguro que no será D. Anacleto quien se acuerde.

Seria no acabar si tratase de enumerar todas las distracciones de mi héroe. Concluiré pues con la que le ocurrió al pié de los altares cuando estuvo á punto de casarse, y por una de sus distracciones acabó á monterazos, como suele decirse, la solemnidad del acto.

D. Anacleto se mandó hacer un traje de boda muy elegante. Estaban muy en boga los pantalones ajustados; pero el sastre se los hizo tan estrechos á D. Anacleto, que este estaba sufriendo lo que no es decible mientras duraba la santa ceremonia. Maldita estrechez! decia repetidamente entre dientes el novio cuando sentia el dolor que le causaban sus elegantes pantalones. Yo estoy por lo ancho, añadia para sí el pobre D. Anacleto. En esto llegó el caso de hacer el cura al novio la pregunta de costumbre. ¿Quereis por esposa á Doña Hortensia?.... y el pobre novio, á quien mas que nunca estaban atormentando sus pantalones, repitió: «¡No mas prendas estrechas! No quiero eso.» ¿Qué dice ese hombre? esclamaron todos atónitos, y él figurándose estar entre los aprendices del sastre: «sí señores, repetia colérico, yo no quiero eso, yo estoy por lo ancho, por lo ancho;» y á consecuencia de estas espresiones hubo una pelotera de San Quintin, y mi D. Anacleto perdió una novia riquísima, por no ser aficionado á pantalones angostos.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

Romance.

Juzgo yo que entre las muchas
cosas que los hombres llaman
calamidades, hay una
tan indefinible y rara,
que aunque se piense sobre ella
no es fácil calificarla.

Si llora un padre á sus solas
y mira su frente calva,
lamentando noche y dia
una esperanza frustrada,
que le arrebató el sustento
de su familia, ó la fama

de su opinion, ó la esposa
que mas que á si propio amaba,
es calamidad, y es recto
el hombre que tal la llama.
Si lamenta la inocencia
víctima de la asechanza,
el ardid del hombre pérfido
que la persigue y ultraja,
es calamidad. Si un hombre,
del amigo á quien amaba,
ve la traicion manifiesta;
si el rico ve que le estafan,
el débil ve que le oprimen,
el honrado que le infaman,
el viajero que le roban
y el enfermo que le matan,
son calamidades todas,
y con justicia sobrada
las da tal nombre en el mundo
quien nació para llorarlas.
Pero que aquel que no ignora
lo que es pez y lo que es rana,
y que tres y dos son cinco,
y que el cardenal no es papa,
y que tiene una cabeza
de los hombros levantada
para discernir que es hombre
y que no es bestia de carga,
se enamore como un tonto
de una mujer linda maula,
coquetuela sin meollo
y artificiosa en sus mañas;
y llore á lágrima viva
lo que ella en risas le paga,
vendiéndole por lisonja
y amor, lo que es burla y cháchara,
mas bien que calamidad
lo juzgaré estravagancia,
ó debida recompensa
del hombre ruin que lo aguanta.
Que no ha nacido en el mundo
el que racional se llama,
para instrumento del ocio
de la femenina sátira;
ni es bien que el hombre prudente
se transforme en panorama
de arlequin ó saltimbanquis,
visto en la linterna mágica.
Quédense allá con sus burlas
y lisongeras miradas,
y estratégicas sonrisas,
y no comprendidas máculas:
ó empléenlas, si las place,
en un muñeco pantalla,
ó en amante cartulina
de los que en ferias se gastan;
y no en un hombre de seso
que tiene nariz y barba,
buen olfato y clara vista,
sin ser canasto de paja.
Yo al que malgasta su tiempo
y su paciencia malgasta,
pasando noches en vela,
y dando tormento al alma,
solo porque una infrascripta
que se le vendió por santa,
le hizo su décimo amante,
le faltó á una cita falsa,
y le pagó en desengaños
las que le dió en esperanzas;
le tendré por venturoso
si sano su juicio saca,
sin ir á dar con sus huesos
de Orates en una jaula,
para escarmiento del mísero
que inesperto se consagra
á ser histrion ó estantigua
de embelecos de su dama.
Me dirán que harto punzante
mi pluma febril no acata,
cual acató en otro tiempo
la abnegacion y constancia
y virtud del sexo débil,
ni reconoce sus gracias,
ni la ternura y encanto
que entre delicias derrama,
dando ilusiones al hombre
y al mundo esplendor y gala.
Y yo diré que sensible
mi corazon, nunca apaga
la hoguera que arde en su seno
y á la hermosura consagra;
mas que ofendido por franco,
guerra sin tregua declara
á los picarescos ojos
que por burlarle le halagan.
Y que si rendido adora
de amor las sencillas pláticas,
huye por escarmentado
lo que la virtud rechaza.

José de Grijalba.

EPIGRAMA.

Tres hijos perdió Bartolo,
y con perder á los tres,
no falta quien dice, Inés,
que no ha perdido uno solo.

Miguel Agustin Príncipe.

AMBIGÚ.

Pichones con puntas de espárragos.

Se preparan como los precedentes, con la diferencia de que se blanquean las puntas de los espárragos de antemano, para no echarlos sino en el momento en que los pichones esten ya en sazon.

Fritada de pollos.

Hechos trozos los pollos, se echan en adobo con aceite, zumo de limon ó vinagre, sal, pimenton, cebollas y un puñado de perejil picado; se cuecen y se frien en sarten, y se sirven con una salsa de aceite, á la cual se haya echado sal, pimienta rebanadas de limon y perejil muy fino.

De otro modo.

Se procede como anteriormente, empanándolos con miga de pan y segunda vez con huevo, para freirlos en sarten, y al rededor se coloca perejil frito.

Pollos con anchoas.

Se majan los higados de los pollos con tocino, perejil, cebollas y anchoas: se mezcla un poco de pimienta, se les levanta con destreza el pellejo, introduciendo esta mezcla en medio: se cubren con unas lonjas de tocino, luego con una hoja de papel dado de manteca y así se ponen en el asador, para servirlos con una salsa de esencia de ternera ó de jamon, en que se ponen las anchoas cortadas muy menudamente.

Pollos con yerbas finas.

Picados los higados muy menudamente, se mezclan con manteca, yerbas finas, sal y pimienta, con lo que se rellena el interior del pollo: se le pasa por manteca, antes de ponerle en el asador, cubierto con una capa de tocino, y todo junto en una cajeta pringada. A la manteca por donde hayan pasado se echa una cebolla y un puerro en pedacitos con laurel, tomillo y albahaca; se moja todo con caldo y vino blanco, se hace que hierva por algunos minutos, y se pasa por un cedazo, añadiendo yerbas picadas; se vuelve á poner al fuego por una media hora sin que hierva, y se añade un trozo de manteca, sal y pimienta, lo que se reduce y se sirve sobre el pollo.

Pollos en sarten.

Se frota con el jugo de limon toda la parte superior de los pollos (el vientre) se les cubre con un embozo de tocino; se atan y se cuecen en una sarten para servirlos de la misma manera que los pollos asados.

Pollos á la veneciana.

A un pollo destripado y sollamado se le abre por la espalda desde el pescuezo á la rabadilla, y se le aplana con un machete. Se echa en manteca con vino blanco y caldo, se añade un manojo de perejil, sal y pimienta, dejándolo que se cueza asi á fuego lento. Cuando está ya, se pasa y se reduce el caldo, añadiendo manteca mezclada con harina, la que se echa sobre el pollo puesto en un plato que soporte el fuego: se cubrirá el pollo y la salsa con queso raspado, poniéndolo á fuego templado en un hornillo; se sirve cuando haya tomado color, y la salsa esté reducida.

Turrajas de aves.

Se quitan de las carnes de los pollos todas las membranas y tendones, se pican con miga de pan humedecido en natas y yemas de huevo: cuando todo está bien incorporado, se sazona y se forman albondiguillas que se rebozan con miga de pan; se embozan otra vez con huevo, y se frien y sirven con perejil igualmente preparado.

Salpicon de aves.

Se parte un pollo despues de cocido, y quitándole la carne se pone en adobo con sal, pimienta y vinagre. Despues de algunos instantes se adereza con cogollos de lechuga, pepinillos, huevos duros cortados á lo largo, y tiras de anchoas, echando por encima la sustancia.

PESCADOS.

OBSERVACION.

Todas las entradas que pueden hacerse en diferentes pescados, son tan numerosas como variadas. Regularmente se hacen de anguilas, sábalos, platijas, carpas, arenques, merluza, raya, lenguados, barbos, salmones, tencas, bonito, truchas y rodaballo.

Antes de entrar en los pormenores de cada uno de los modos mas generalmente adoptados, y los mejores para preparar el pescado y hacerlo capaz de toda especie de gustos, espondremos desde luego lo que se entiende en cocina por cocimiento para pescados.

ADVERTENCIAS.

1.ª Como los guisos de este AMBIGÚ, llevan segun el original, manteca entre los otros adherentes, debe tenerse presente que en dias de vigilia, ó segun el gusto de cada uno, puede sustituirse el aceite.

2.ª Siendo tan generalmente sabido el modo de hacer *un puchero*, que en España constituye lo esencial de una comida diaria, parece superfluo suplir aqui esta falta del original, que verdaderamente no lo especifica.

Cocimiento blanco.

Cuando se hayan de preparar algunos pescados mayores, se echan con agua y sal, suficiente cantidad de yerbas aromáticas y se hace todo hervir junto, se pasa este cocimiento, y se le añade una tercera parte ó mitad de leche para cocer la pieza durante mas ó menos tiempo; y sobre un fuego muy templado.

Cocimiento verde.

Con el pescado cortado en trozos se añaden zanahorias, rebanadas de cebollas, ajo, perejil, tomillo, albahaca y sal, mojándolo todo con agua y vino tinto, tanta cantidad de uno como de otro. La salsa blanca no se diferencia de esta sino porque se concluye echando vino blanco ó vinagre en lugar de vino tinto.

MADRID — SOCIEDAD LITERARIA — 1844.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, CALLE DE SAN ROQUE, NÚM. 4.